

Un verdadero maestro

Un verdadero maestro es como esas lámparas que puedes llevar en tus manos para iluminar tu camino. Es una luz con baterías permanentes, de esas que se hacen más pequeñas o más grandes dependiendo de la necesidad que tengamos de ella. Un buen maestro es esa luz que no se apaga nunca y que ilumina eternamente. Ese era mi maestro, el Doctor Arnoldo Read.

Recuerdo como si fuera ayer cuando lo conocí. Estaba teniendo problemas en mi matrimonio y me sentía abrumada. Le dije Dr. he venido a verlo no porque piense que estoy loca sino porque creo que la gente está loca. No entiendo el comportamiento de algunas personas y ese no entenderlos es lo que me está volviendo loca, ayúdeme por favor. Me miro fijamente como el solía hacerlo. Siempre escuchaba primero y después con mucha calma hablaba. Me preguntó : ¿Quieres entenderlo? A lo que contesté que por supuesto que por eso estaba allí, a lo que él contestó: te invito a nuestra clase sobre cómo entender el comportamiento humano, si de veras quieres aprenderlo puedes quedarte. Eso fue un miércoles de hace más de 20 años.

Desde aquel primer momento y por 10 años consecutivos en aquella aula en el Centro de Salud de Santa Ana mi vida dio un giro enorme. Aquellas clases a las que el Dr Read llamaba "Reeducativa" fueron moldeando mi vida, mostrándome con claridad que Dios siempre tiene un propósito para todos y que sus planes, aunque a veces confusos para nosotros, siempre están trabajando a nuestro favor. En esa aula conocí compañeros maravillosos, este lugar solo nuestro, era nuestro oasis, nuestra fuente de inagotable sabiduría que él, nuestro maestro, nos regalaba sin dejar ninguno. Yo esperaba todos los miércoles ansiosa la lección de ese día. Él nos regalaba siempre una copia de cada lección y por alguna razón, quizás por ese afán mío de la perfección (el cual él conocía perfectamente) se sentaba a mi lado y me corregía la forma de colocar mis apuntes en el folder que yo arreglaba con esmero. Primero me enojaba y le preguntaba por qué lo hacía si yo lo hacía bien, después me di cuenta que lo que quería mostrarme, era que podía no hacerlo bien y relajarme y que eso también estaba bien.

Paralelo a esas clases maravillosas, siempre me daba citas para conversar conmigo y preguntarme si había encontrado aquello que estaba buscando y siempre cuando yo tenía alguna pregunta él sacaba un libro y me decía: sácale copia y me lo traes. Además está decir que poseo una biblioteca de "libros del Dr. Read". Un día en el que me estaba afectando la muerte de varias personas cercanas, le dije: "Dr. Read, creo que la muerte me anda buscando" me contestó: ¿eso crees?, le dije: si doctor, creo que me voy a enfermar, lo siento con mucha fuerza y no tengo miedo pero me gustaría entenderlo. Sacó un libro y me dijo: léelo y después conversamos, ese libro se llama "Enfermar es también sanar", ese libro fue crucial en las decisiones que tome luego en relación a mi futuro. Y sí, enfermé pero también encontré el origen de mi enfermedad y sané.

Fueron 10 años de clases de intenso aprendizaje, en los que logre entender que los demás no estaban locos como yo creía, que era yo quien realmente lo estaba, los otros, eran solo eso, "los otros". Nosotros, sus alumnos, éramos los locos, esos que se resisten a aceptar una vida sin sentido. Allí nos juntábamos al atardecer, algunas veces a estudiar biología, a conocer cómo trabaja nuestro cerebro y otras tantas a dar vueltas a un sueño o a trabajar un amor que no pudo ser.

Después de 10 años en los que sentí que estaba preparada para contar y aplicar todas estas cosas que de mi maestro aprendí, me reuní con él, como siempre hacía, para pedir su consejo. Dr Read le dije: quiero ser terapeuta. Me miró fijamente levantado sus cejas y me dijo: "lo sabía y por eso quiero decirte que hay varias cosas que puedes hacer". Allí en su consultorio me mostró varias opciones que acogí con amor. Él confiaba en mí y eso para mí era suficiente. Después de eso, sus clases me ayudaron a optar por varias especialidades en el campo de la psicología. Tanto así que regrese al Centro de Salud de Santa pero esta vez a compartir una metodología que había integrado en mis terapias. El me miraba orgulloso, desde una silla como cualquiera de sus estudiantes. Y cada vez que obtenía logros le escribía o lo llamaba y lo invitaba, a que me escuchara contárselos, miraba su rostro de orgullo y yo parecía esa niña que observa a su padre con felicidad y dice " gracias, misión cumplida". Siempre traté que nuestras conversaciones terminarán diciendo: Gracias Dr. Read, lo quiero mucho. Usted es muy importante en mi familia, lo queremos mucho.

Después de usted Dr Read, han venido muchos otros maestros que conservo en mi corazón, pero usted siempre tendrá ese lugar especial, esa luz especial que no la apaga el tiempo.

Vuela alto querido Maestro que tu luz seguirá iluminando este mundo a través de todos los que fueron tocados por ti y estos a su vez tocarán a otros para que tu luz siga iluminando eternamente.

Doctor Read, ¡lo quiero mucho!